

cuchillos, la imposible cerrazón de una herida mortal, con silencio aniquilador para la poesía española y del mundo. Esa semblanza no tiene despedida, las manos y las miradas intentan retener lo que se va alejando. Poesía de los pesares, imposible caducidad de lo humano y, más aún, de lo amoroso. Historicidad concreta que no acierta a soportar lo anónimo. Es que Federico García Lorca irradiaba una luz descriptiva y honda, muy suya. Pese a todo, resulta algo extraño que Vicente Aleixandre no haya escrito uno de sus poemas de *Retratos con nombre* dedicado a Federico. Pero también es muy posible que su desaparición fue como un terrible mazazo. Y repito que en nuestras charlas, en Welintonia, siempre salía con perfume de flor y con emoción de la vida, en voz de ternura, rosa deshojada, la evocación garcialorqueña.

Coherencia de la interioridad sensible, nunca en palabras aceleradas sino remansos inquietos de la transparencia y de la luminosidad, amor el decir del corazón en los dedos de la mano, en curvas y rayas de la palma de la mano, o la intensificación poética en las miradas y en inexorables intercambios del expresarse, sonatina y sonatas de tierna presencia, el afán aleixandriano de la lectura de sus amigos generacionales, le conduce así a poemarios de honda trabazón espiritual, amor soñado, amor no cercenado, amor mortal y real, amor en Pedro Salinas, semblanza del vivir y del morir, la voz que al amor se debe, esa voz a la mujer destinada y por ella nacida, resplandor de cuerpos y espumas, la mujer como eterna inspiradora de felicidad, lo complicado y lo efímero, igual que lo fuera el océano Atlántico, siempre mar contemplado y con loas del tiempo históricamente situado, desde Puerto Rico, isla verde y caminos habitados, amistad desde años marcados al rojo y así la lentísima impregnación de versos salinianos, una estatua en piedra berroqueña para el rumor y los labios, para las despedidas del viento y del oleaje, estatua que recuerda Vicente Aleixandre para demostrarse y demostrar que se ha vivido, poesía de un mundo entrecruzado con otros poetas y otros hombres y no mundo asediadamente a solas. Razones y presagios, amor al desnudo, y la desnudez del exilio, con inevitable meta en el tiempo: la muerte. Palabras empecinadamente elaboradas y conseguidas, la obsesión del poema bien hecho, Pedro Salinas con temática presente y casi purista, eco casi de normas juanramonianas, Vicente Aleixandre en ondas que se abren paso y van estallando con instantes que se alejan y hay que detener, humo o sonido o aleteo, el vuelo de élitros que vuelven al nido central de la memoria. Años juveniles, años adultos, la madurez del dolor asimismo, y que

por fuerza se insinúa y luego se arraiga, instantaneidad apresada. Es «En la muerte de Pedro Salinas»:

El perfilaba despacio sus versos.

Aquí una cabeza delicada. Aquí apenas una penumbra.

Le veíamos a veces dibujar minuciosamente una sombra.

Retrataba con imposible mano la caída muy lenta de un sonido esfumándose.

Y le veíamos encarnizarse, disponerse a apresar, absorberse en su

hasta que al fin levantaba sus grandes ojos humanos, [detenidísima tarea,

su empeñado rostro sonriente, donde el transcurrir de la vida,

la generosidad, su pasión, su obstinado creer, su invencible verdad, su fiel

[luz se entregaban.

(OC, p. 644.)

Mirada y voz que llegaban desde lejos, de Salinas visto como «corazón agrupado pero no dividido», y el poeta que en Madrid recuerda lo sabe, lo dice, es el verso final deletreando duras realidades: «Sí, Salinas..., y sientes que un rumor, unos ojos...» Fidelísimo recuerdo en *Nacimiento último*, y corroborado se repite en prosa de *Los encuentros*: «A través de los años, en la vida se ha conocido de todo y casi por todo se ha pasado. Queda el recuerdo noble de algunos seres que dicen un límite de humanidad, un límite sereno, verdadero, donde uno no se pierde, donde parece uno haberse encontrado y reconocido. Allí, tranquilo, real, Pedro Salinas» (OC, p. 1118).

Atmósfera saliniana, tonalidad del mirar entre ironía y ternura, que hasta se parece a la aureola o limbo que rodea las cabezas de los santos, sin la densa pesadez oscura del trazo de un Rouault, «de poesía toda dibujo y nada color» insiste el texto alexandriano, una iconografía de atinado acercamiento a la verdad y a la claridad que la cabeza del poeta surgía. Palabras de poema y resonancia en la calle y en los sueños, «apenas una penumbra», aunque la muerte sigue resonando, ecos y raíces, junto a todos, amor y sencillez de seguro azar mientras siguen cantando y nunca olvidan los pájaros.

En el cortejo de amigos, Altolaguirre, Manuel, Manolito como se le llamaba, el benjamín del grupo, otro retrato en la distancia del tiempo. Andalucía malagueña y época de ediciones madrileñas, allí en la calle Viriato, la imprenta de la poesía, Altolaguirre cuando mano a mano trabajaba con su mujer, con Concha Méndez, la colección *Héroe*, primaveras del 35 y del 36, la poesía en editorial de admirable artesanía. Aquella época tan lejana y tan próxima, la aparición de la revista *Caballo verde para la poesía*. Mariposas y golondrinas entre ramilletes de ansiedad y, luego, de guerra. Paisajes de mucha tensión, y el exilio. ¿Por dónde cae el paraíso malagueño? Alto-
lagui-

rre lo añoraba, lo iba buscando, y se vino desde tierras mexicanas a España. Un estúpido accidente de automóvil le segó la vida, 1959, en julio, la carretera que le llevaba al Sur, y la muerte le detuvo cerca de Burgos. La revista de Málaga, una revista de poesía, *Caracola*, le dedicó un número monográfico. Por supuesto, no podía faltar el verso aleixandriano a esa cita. En constancia que persiste, la vieja amistad, «Perfil de Manolo» y entresaco el recuerdo homenajeador, orla y emoción, afán de reunirse y volverse a estar juntos, amistad y ancla:

*Manolito, despacio,
por un perfil de Málaga sin fondo.
Un rayo el cuerpo,
ahí quieto, entre todos,
sin que nadie supiera.
Oh, qué noche en sus ojos.
Oh, qué luces delante, en la pupila,
para todos nosotros.
Luz del alba creciendo. Crece, Manolito.
Altísimo Manolo.
¿Te acuerdas? Málaga reuniéndose contigo,
mirándote a ti solo.
.....
Oh, completo Manolo.*

(OC, p. 1136.)

Ojos hincados en terruño de la memoria, y otros textos, en prosa, amorosamente, han sido publicados por Aleixandre. La prosa titulada «Manolito, Manolo, Manuel Altolaquirre» (en *Los encuentros*), años en la trastienda de niñez y juventud, vida en plena luminosidad: «Escribía unas cartas largas, en papeles como sábanas, con letra grandota... Yo le conocí un año antes, aunque éramos amigos por carta, como compañeros, desde hacía otros dos o tres años... Por aquellos años Manolito hacía quizá algunos de los versos mejores de su vida... Un día partió, ay, sin imprenta; fue mucho tiempo después, apenas si ha vuelto a cruzar. Quimérico Manolito. Manolo, don Manuel. ¿Cómo le llamarán por allí?» (OC, p. 1127).

El encaminamiento de la alegría hasta el silencio, soledades que se reunían y se juntaban en poesía junto a los demás del 27. Por eso, Vicente Aleixandre escribió otra prosa, «Recuerdo a Manuel Altolaquirre (1959)», completando atisbos y latiendo como late el poema citado, encendido fulgor y casi jugueteón: «Eternamente joven yo le veo, con todos los sentimientos frescos que la vida no pudo agostar, y que él supo regalarnos a través del tiempo, de la distancia, de las vicisitudes y de las muertes. Hontanar que nunca falló y que conti-

nuamente nos acompañará hasta que un día también nos reunamos bajo la tierra» (19).

Evolución y metamorfosis, lo mortal y azulado de los días, amigos desaparecidos, causa dolor y resquemor la noticia fúnebre, la amistad recordadora; para Aleixandre, como para cualquiera, al sentir emociones que horadan, es hora de recuento de años y experiencias, lo vivido y soñado y exaltado, aventuras de toda una época de España y de su poesía. Tiempo esperanzado, el calor en el pecho. Caminos que al ir andando se trazan, se perfilan, el caminar que Antonio Machado proclamó en musitadas consejas. Caminando, día tras día, el eco quejumbroso de la muerte. Emilio Prados, Andalucía como patria unidora y relacionadora, la nostalgia malagueña en acción de levadura o de riego o de canción. ¿Se puede ignorar lo tan fértilmente vivido y anhelado? Emilio Prados y la hermosa salud verde y continuada de la revista *Litoral*, otros tiempos, pero siempre emoción al evocarse la «Figura del poeta muerto», Emilio Prados amigo:

*En la figura inerte
vives tú siempre,*

*La frente está desnuda.
Oh, ya no duda.*

*El pecho, sí, respira
luz sin mancilla.*

*Un pecho no es un barco
que ha despegado.*

*Quieto, quieto, más quieto.
Oh, primer puerto.*

*¿Las manos están frías?
Aves rarísimas,*

*aves de alas plegadas
que siguen raudas.*

*Oh, cuerpo que te alejas
—tú, sin sospecha—,*

*descubriendo ese cielo
—conocimiento—*

*que cubre tu mirada
con luces bajas,*

*con luz a la medida,
sí, de la vida.*

*Hombre que me respondes
tendido y pobre.*

*Enhiesto y rico siempre.
Te alejas, vuelves,*

*quedas, sí, en tu figura
—oh, arquitectura—*

*de sombra o luz. Perpetuas
luz, sombra, esbeltas.*

(OC, p. 1138.)

Obstinación de presencia, lazos y llamadas, «figura de sombra o luz», aunque seguramente podría decirse «de sombra y luz», perdido y recuperado el recuerdo entre estancias de dolor y moradas de gozo, por la calle más ancha de la vida; y con la razón de la memoria, con llamas avivadas por el destierro, aquel poeta que cantó con soledad

(19) OC, *Evocaciones y pareceres*, p. 1602.

de muchas calidades, cantor de jardines, unos abiertos (vivir) y otros cerrados (morir), desde la tierra mexicana, donde descansa. Poeta sumido en el misterio, dentro de arrebatadas ausencias. Cántico aleixandriano, lúcido y amante, escrupulosamente tembloroso, añadiendo a ese «poema vario», que él llama *Nuevos retratos y dedicatorias*, el texto en prosa de *Los encuentros* que vocea recuerdos de cuando ambos poetas se sentaban en los pupitres de la escuela: «Emilio Prados, niño de Málaga». Nuestra lectura se resume según moldes precisos: «(Málaga) ... ¡Los otros niños!... Sólo recuerdo un nombre, prendido al azar en mi oído todavía... Todo esto lo evocaba yo, al recibir su carta, veinte años después... yo iba a encajar aquel rostro de niño, levantado de la onda antigua y estrelladora, en el nuevo Emilio Prados, mi compañero en la poesía, mi viejo amigo de la niñez, en las costas de nuestra Málaga» (OC, p. 1211).

Se viste de oscuridad la memoria, la muerte, y no hay traje de luces para la palabra triste, tristeza al ir desapareciendo los amigos generacionales, luz de luto y visión mesurada en tesonero archivo de recuerdos, máxima muerte en la duración del vuelo, oscurecimiento de arco iris, encaje de flores indeshojables, Vicente Aleixandre ha ido ofreciendo sus textos en prosa y en verso, verso asimismo ha escrito acerca de otros amigos, aun fuera de la amistad de grupo, poetas no arraigados en las vicisitudes de 1927, y no sólo es mirada melancólica, sino que también es voz erguida, acercamiento a la vida. Un poema significativo es «A León Felipe», el peregrino poeta, protagonista de nostalgia y de energía denunciadora, para siempre con su antología rota a cuestras, y aunque no se incluyó en libro específico de dedicatorias, Aleixandre lo situó en sus agrupados «poemas varios», con la referencia cronológica de la época en que fueron escritos, «1927-1967», un retrato meditado desde la lejanía, la sentidísima semblanza de un hombre y que en el verano del 36 me emocionó profundamente; estuvimos hablando en la Alianza de Intelectuales y me dio sus impresiones, lo primero que escribía en España, malherido y es que le dolía el país y la inocencia de quienes morían, la guerra, savia de pueblo y de historia. La emoción aleixandriana corre distintos caminos, pero la convergencia es la misma, homenajear a la santísima verdad felipiana:

*Algunas veces ser viejo es ser la sombra.
Hijo es el viejo del joven, y él le hereda. El padre, muerto.
Una sombra sucédele, y su voz es un recuerdo. El viento, triste.
Pero tú no, León. Tu barba gris
no es río, sino lluvia, que cae al pecho, a tierra, y moja
el corazón sembrado...*